

## AGENDA CIUDADANA

### LA POBREZA

Lorenzo Meyer

**El Gran Problema.**- ¿Cual es el problema histórico, de fondo, el no resuelto, ese que constituye el gran peso que desde hace siglos carga la sociedad mexicana en sus espaldas y que le ha impedido alcanzar el destino que sus diversas élites gobernantes le han prometido como el gran proyecto nacional? Una posible respuesta es: la pobreza. En efecto, la pobreza es, a la vez, la raíz y el resultado de la serie de fracasos que, como cuentas de un trágico rosario, forman la herencia que han dejado los sucesivos grupos gobernantes que desde el siglo XVIII han buscado modernizar a México presentando el interés de quienes ejercen el poder como el interés general del reino, primero, y de la nación después.

Julietta Campos acaba de recordarnos lo anterior en su monumental ensayo sobre el tema titulado *¿Qué hacemos con los pobres? La reiterada querrela por la nación*, (Aguilar), 688 pp., que no es otra cosa que un recuento muy bien escrito de las batallas dadas y perdidas por México en su larga y desesperante lucha contra la pobreza. El título del trabajo -¿Qué hacemos con los pobres?- fue tomado de una interrogante que aparece en la correspondencia de 1875 de uno de los grandes líderes del movimiento liberal del siglo pasado, Ignacio Ramírez, con Carlos Olaguíbel, gobernador del Estado de México. Esa misma pregunta del Nigromante, y las varias respuestas que se dio, ya habían llevado a Moisés González Navarro a explorar la idea del liberalismo mexicano en torno a la pobreza -*La pobreza en México*

(El Colegio de México, 1985)- y había encontrado que la respuesta era simple: para los liberales, el problema de los pobres era asunto de los pobres mismos y de nadie más. Desde esta perspectiva, la única salida era que los pobres se asociaran y se auxiliaran entre ellos, en espera de que el lento proceso del desarrollo económico -a cargo y en beneficio de las elites- la educación, la migración o la implacable dureza de la demografía de Malthus, fueran secando el gran mar de la pobreza secular.

**Avances y Retrocesos.-** Así pues, "¿Qué hacer con los pobres?", resultó una pregunta sin respuesta clara para los liberales del siglo pasado, especialmente cuando ya tuvieron la responsabilidad del poder. Sin embargo, para el Nigromante y los suyos, algo sí estaba claro: la solución del problema de la pobreza -que afectaba a la mayoría de los mexicanos- no era un asunto del Estado mexicano, pues simplemente sería "insensato sacrificarles [a los pobres] las instituciones sociales". A fin de cuentas, debería ser el mercado, y sólo el mercado, el que debería decidir la suerte económica de cada individuo: la filtración, por goteo, del beneficio económico hacia las capas bajas de la sociedad.

Formular el tema de la pobreza en la forma como lo hizo el Nigromante no resultó un avance respecto a ese largo período que constituye nuestra historia colonial, pues en la práctica, la élite novohispana tampoco había tenido respuesta para la interrogante de Ignacio Ramírez; en realidad, ni siquiera se hizo esa pregunta tan incómoda. La pobreza de los indígenas, de los "léperos", del populacho colonial, fue tomada como un hecho

natural y se dejó a la caridad cristiana, no su solución, sino su manejo. Por ello, cuando el curioso Alexander Von Humbolt visitó a la Nueva España entre 1803 y 1804, definió a esa sociedad mexicana a punto de concluir el largo período colonial, como una de contrastes brutales: una minoría peninsular y criolla extremadamente rica en un mar de extremadamente pobres: los indios y los mestizos.

Pero entre la colonia y el liberalismo si había habido un intento de respuesta diferente a la pregunta sobre qué hacer con los pobres. Al estallar la guerra popular contra la dominación española en 1810, José María Morelos había propuesto que, al obtenerse la independencia, el poder político debería usarse, entre otras cosas, para redistribuir la propiedad de la tierra, es decir, dar forma a un nuevo conjunto de leyes que "moderen la opulencia y la indigencia", de tal manera que, por fin, el labrador pudiera recibir el justo fruto de un duro trabajo. Para el líder insurgente, la pobreza si era, un asunto de Estado, pues su origen no eran las fallas individuales sino de las estructuras de la sociedad; desafortunadamente, Morelos no tuvo la oportunidad de poner en práctica el generoso contenido de sus *Sentimientos de la Nación*.

En realidad, no sería sino hasta el despuntar del siglo actual -cuando la gran construcción política y económica edificada por los liberales fuera echada abajo estrepitosamente por la Revolución Mexicana de 1910-, que el problema de que hacer con los pobres, se volvería a plantear. Entonces se encontró una respuesta nueva, más acorde con la visión de Morelos que de los

liberales modernizadores. Se partió del supuesto de que en una sociedad con las terribles herencias históricas que cargaba la mexicana, el "dejar hacer, dejar pasar" no iba a resolver el problema de la miseria sino que lo agravaba, como bien lo había demostrado el antiguo régimen, el porfirista.

**La Querella por la Nación.**- En la obra de Julieta Campos la historia del México independiente se interpreta como una reiterada querella por la nación entre las élites; como una lucha entre los intereses, los modelos y las visiones del país, que han propuesto distintas formas de enfrentar el problema social fundamental: la miseria. En 1917, cuando el humo y el estruendo de la guerra civil se disipó y se apagó, se pudo ver que la disputa por la nación la había ganado una propuesta muy distinta a la anterior, antiliberal.

La nueva constitución resultó ser un compromiso entre el radicalismo social de magonistas, zapatistas y socialistas, y el pragmatismo de Carranza y los norteros -continuadores vergonzantes de la modernización económica porfirista. El grupo de los sonorenses -Obregón y Calles- fue el encargado de empezar a poner en práctica las nuevas fórmulas, pero lo hizo de tal manera que pareció que volverían a ganar los de siempre, los pocos. Sin embargo, e inesperadamente, a los sonorenses les sucedió Lázaro Cárdenas. En el sexenio cardenista, el radicalismo nacionalista y revolucionario llevó a hacer del combate a la pobreza la prioridad de las instituciones estatales. Hubo entonces -no sin errores, ineficiencia y corrupción- una definición de política favorable a la redistribución de la

riqueza por la vía de la reforma agraria, del nacionalismo petrolero y del apoyo gubernamental a los intereses del trabajo por sobre los del capital.

El cardenismo finalmente duró lo que un suspiro, en realidad, menos de un sexenio. Sin embargo, la sombra del general michoacano -"un *gran padre* generoso para la orfandad de siglos", como le llamó Julieta Campos- se proyectó a lo largo del tiempo, y quienes le sucedieron se vieron obligados a mantener, aunque fuera simbólicamente, el compromiso del régimen postrevolucionario con los pobres. La reforma agraria y los programas asistenciales fueron definidos como un elemento permanente y consustancial de la política, aunque en la práctica sirvieron más como sostenes del aparato corporativo y clientelar del autoritarismo presidencial y menos, mucho menos, como disolventes de la pobreza.

**El Triunfo Neoliberal.** Cuando, por el paso del tiempo, "las promesas de la Revolución" dejaron de ser tales y se convirtieron en realidades, los "dos Méxicos" seguían ahí, quizá no de una manera tan marcada como en 1910, pero ahí seguían. Y los datos de la distribución del ingreso disponible para las familias así lo indican: en 1975 el 50% de los mexicanos menos afortunados tenían que conformarse con el 13%, en tanto que el 20% que ocupaba el tope de la pirámide social se quedaba con el 62%. Era claro que, pese a la Revolución, seguía atada a las espaldas de la sociedad mexicana la vieja piedra de la pobreza y la injusticia.

Fue entonces cuando la larga y escamosa cola de la crisis nos empezó a enrollar. Programas asistenciales por todos lados -

Fonafe, Programa de Extensión de Cobertura de Salud al Medio Rural, Pider, Coplamar, etcétera-, duplicación en términos reales del gasto social entre 1970 y 1986 y, finalmente, muy pocos logros debido a la corrupción y la improvisación, a hacer de la política social una de coyuntura, cuyo objetivo real no era el beneficio de los pobres sino de quienes les administraba políticamente sus necesidades.

En la renovada disputa por la nación a raíz del fracaso del desarrollismo, el triunfo correspondió al neoliberalismo -a cuya minuciosa disección Julieta Campos le dedica el grueso de su esfuerzo. Montado en su victoria mundial, el neoliberalismo retornó a la propuesta del combate de la pobreza por la vía del goteo, esa que propuso el Nigromante el siglo pasado y que en la práctica no dio ningún resultado. Para los gobiernos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, la obligación primera del Estado es concentrar el esfuerzo del conjunto en auxiliar a unos pocos a concentrar enormes cantidades de recursos -Vitro, Cemex, Carso, Televisa, Cifra, Banamex, Comermex, etcétera- para que ellos activen el mercado, y ese mercado, con su magia, resuelva, vía exportaciones, el problema del desempleo y, finalmente -en el último lugar de la cadena causal- el de la pobreza.

Pero los neoliberales actúan a la sombra de la Revolución Mexicana y no podían hacer exactamente lo que los liberales del siglo pasado: desentenderse de los pobres. Así que, mientras se llegaba a producir eso que Daniel Cosío Villegas consideraba imposible, "la riqueza por contagio", crearon el Programa

Nacional de Solidaridad (Pronasol), el programa para ayudar a los pobres a tolerar una miseria que no va a desaparecer en varias generaciones, e impedir que su frustración desemboquen en acciones contra el sistema.

El veredicto sobre el Pronasol ha venido de muchos lados. Por un lado, el neoliberalismo, con todo y sus programas asistenciales de dos mil millones de dólares anuales en promedio, no ha logrado reducir la miseria sino que la ha aumentado: si en 1977 al 58% de los mexicanos se les clasificó como pobres, en 1992 el porcentaje era de 66% (El Financiero, 28 de mayo). Por el otro, Pronasol y los pobres sólo tuvieron una relación indirecta. En efecto, en un estudio sobre los efectos de Pronasol en Zacatecas, se llegó a la conclusión de que el 54% de los beneficiados no podían considerarse como pobres. Así pues, la verdadera relación de Pronasol, la directa, fue con el reforzamiento de la imagen presidencial y con el mantenimiento del aparato autoritario, no con los pobres. Y la prueba definitiva de ello fue el estallido de la rebelión neozapatista en Chiapas en enero del año pasado.

En fin, vamos llegando al final del siglo XX, y el problema central de México sigue siendo el que expusieron desde diferentes perspectivas Humbolt, Morelos y el Nigromante: el de dos Méxicos que no pueden integrarse en uno. Mientras no hagamos del ataque a la pobreza -a la injusticia secular- la prioridad de nuestro esfuerzo colectivo, no alcanzaremos la modernidad...ni la auténtica solidaridad.

